



Leo Matiz y Fernando Botero
en la avenida Jiménez,
Bogotá, Colombia



Leo Matiz en Egipto en 1948

Leo Matiz

poeta de la vida

ALEXANDRA
MATIZ

Leo Matiz, mi padre, fue un poeta de la vida. Su medio de expresión no fue la palabra, fue la imagen, preservada para la eternidad en la fotografía.

La vida de mi padre fue como una caja mágica, repleta de sorpresas. Se extinguió hace más de quince años, cuando decidió emprender su viaje hacia lo eterno.

“He venido a ver el infinito”, afirmó. Su vista sigue captando, con seguridad, la vida infinita que se despliega en otras dimensiones y planetas. Allá donde no se percibe con los ojos ni los sentidos. A mi padre, para percibir, le bastaban los ojos del alma.



Leo Matiz con el pintor y muralista José Clemente Orozco, México, 1943

En 1978 perdió un ojo. Se cumplía así la premonición que tuvo cincuenta años atrás en Nueva York, cuando soñó que un ángel se llevaba su ojo, no por maldad, sino por amor. Era su ojo dominante.

Aquel ojo se fue para dar nacimiento a su ojo divino. Increíble pensar que después del accidente su obra fuera abundante y de magnífica factura. Tomó miles de fotos en México y en Italia. Con solo un ojo... y su tercer ojo: el de la cámara.

Así era mi padre: intuitivo, mágico, valiente, premonitorio. Un genio de la fotografía y un genio de la vida. Así lo vi y así lo amé siempre.

Mucho antes de morir mi padre, me di a la tarea de ser también ese ojo que el ángel se llevó. Con más de 5 mil positivos y 350.000 negativos que hemos logrado salvar, limpiar, preservar, escanear y digitalizar, han transcurrido durante años las arduas jornadas de trabajo de la Fundación Leo Matiz. Dicha organización, con sede en México, deja en alto el nombre de mi padre y su labor. Justo México, el país que tanto amó, que tantos frutos le dio, acoge ahora a su hija y recibe su obra con los brazos abiertos.

En la actualidad se le ha dado el justo valor a la obra de mi padre y se le considera un auténtico

patrimonio de la fotografía latinoamericana y mundial. Son ya innumerables los reconocimientos internacionales. El archivo consta de testimonios gráficos de toda América, parte de Europa y Medio Oriente, lo cual es notable para un fotógrafo de su época. Pocos lograban viajar de manera tan extensa.

Los temas son universales y variados como la vida misma. Esa vida que Matiz vivió apasionadamente: personajes, paisajes, ciudades, guerras y revoluciones, fotografías comerciales, arquitectónicas, industriales, abstractas y surrealistas. Para su lente posaron divas y artistas plásticos, toreros y políticos. También la gente común y sufriente, los olvidados de la tierra, que tanto inspiraron a Buñuel para su célebre película.

También quedó plasmada en su lente la pujante ciudad de Medellín, así como otras zonas del departamento de Antioquia.

Ha sido para mí motivo de satisfacción descubrir a su gente y he quedado maravillada con su Biblioteca Pública Piloto. Por tal motivo, he emprendido un minucioso trabajo para recopilar todo aquello que mi padre atrapó en el tiempo, con su ojo divino, de la hermosa y emprendedora ciudad y su zona aledaña. ■



Leo Matiz y Manuel Zapata Olivella, 1995



El escritor César Uribe Piedrahíta y el pintor Ignacio Gómez Jaramillo



Desnudo, Escuela Bellas Artes, México



Pablo Neruda



Pintor y muralista
David Alfaro Siqueiros,
México, 1945



Pintor y muralista José Clemente Orozco, México, 1944



David Alfaro Siqueiros

Mujeres y orquídeas, Medellín, 1946





Pintor Francisco Goitia, México



Marc Chagall, 1942